LOS ILUSIONISTAS Y SU TORPE IMITADOR

nº 131 — 19 junio 48

SE ha fundado en Madrid un centro llamado "Los Ilusionistas", filial de la Asociación Española de Ilusionismo, que agrupa a cuantos cultivan en nuestro país las artes de la prestidigitación. El nuevo centro madrileño lo integran aficionados a las mismas, y entre ellos figuran médicos, ingenieros, arquitectos y hasta un sacerdote, que se dedican al inocente entretenimiento de escamotear, a quien va a visitarlos, el gabán o el sombrero, que luego, ¡menos mal!, aparecen en cualquier percha de la casa. También organizan espectáculos a beneficio de hospitales, asilos, etcétera. Todo esto es encantador, arcádico y candoroso. Nada tan delicioso como ver a un caballero vestido de frac sacar de un sombrero de copa —¡nada entre los dedos, nada en las mangas!— media docena de conejos, dos patos, un enorme ramo de flores, un canario en su jaula, trescientos metros de cintas de colores, un par de palomas y una ristra de banderas de las Naciones Unidas. La prestidigitación es la más angelical de las artes tenidas por diabólicas, y posee sobre la taumaturgia hagiográfica la ventaja de su absoluto desinterés. Los milagros suelen tener, en efecto, un fin utilitario, pues una divinidad, un santo o una reliquia no suelen molestarse en vano. Estos mismos días hemos sabido cómo la Virgen de Fátima, que, pese a su aparente filiación mahometana, representa la ortodoxia católica más pura, aunque portuguesa; hemos sabido, repito, cómo la Virgen de Fátima, ha curado en Madrid a una monja que estaba paralítica desde hace diez años y que ahora se pasea tan campante por el jardín del convento, y ha devuelto la vista a una niña ciega, y ha quitado sus dolores a varios reumáticos y limpiado sus pupas a unos cuantos herpéticos, amén de realizar otras maravillas terapéuticas. Pero lo que no se le ha ocurrido a la hoy tan popular Virgen de Fátima es, por ejemplo, escamotearle la mitra al obispo de Madrid-Alcalá, proeza que no conduciría a nada práctico, ni tampoco ha intentado averiguar si lo que tenía la madre abadesa de Las Adoratrices Reales en la mano era el as de bastos, lance igualmente inane. Contrariamente a cualquier ingenuo espectador de un juego de prestidigitación, el fiel interesado que desea algún milagro eleva con fervor sus preces al santo de su devoción, por lo general en momentos de apuro, cuando le duele una pierna o le falta dinero para pagar una letra o va a presentarse a unas oposiciones; esto es, trata de convertir el milagro en un buen negocio terrenal, en una ventaja, en un remedio o en un lucro. Y esto es, principalmente, como decimos, lo que distingue el milagro del escamoteo, que es una manifestación más pura, graciosa y desinteresada del prodigio. El hecho de sacarle de la corbata a un caballero un huevo de gallina, carece en absoluto de valor venal. Por lo demás, y no obstante la diferencia que señalamos entre milagro y escamoteo, a nadie debe extrañar la presencia de un sacerdote entre los ilusionistas de Madrid, porque ya se sabe que nada hay tan parecido a ciertas ceremonias del rito sacerdotal como las formalidades, también rituálicas, de la prestidigitación.

Mas la creación en Madrid de una sociedad dedicada a cultivar ese arte del ilusionismo tan candoroso, desinteresado e inocente, trae a nuestra mente un horrible recuerdo: el de que España está hoy en manos de un bárbaro, sanguinario y feroz escamoteador. Perdonen los prestidigitadores e ilusionistas que atribuyamos tal condición al miserable ese. Pero Franco es efectivamente, un escamoteador, aunque claro es que no bueno e inocente como ellos, sino torpe, perverso y criminal. El generalísimo —¡nada entre los dedos, nada en las mangas, nada en la cabeza!— nos ha escamoteado nada menos que nuestra España. Nos dijo que iba a hacer con ella un imperio, y ¡zas!, la convirtió en un montón de ruinas. Antes de emprender Franco, el general cristiano, su Cruzada para salvar a España, había allí trabajo y comida para todos, unos jornales que permitían vivir, unos taxis que lo llevaban a uno adonde quería, unos cafés donde se armaban las grandes tertulias y donde se podía tomar unos "mitad y mitad" con unas medias tostadas y unos solomillos con patatas que temblaba el [illegible], unas tabernas donde servían por muy poco dinero un vinillo que era un verdadero elixir de larga vida, unos periódicos que podían leerse y otras muchas cosas que contribuían a labrar la ventura individual y colectiva de los españoles. Todo eso, y mucho más, lo ha escamoteado Franco. Lo ha escamoteado, en verdad, con la torpeza y la falta de maña de un mal escamotencíos, de un falso prestidigitador, de un ilusionista burdo y tramposo, como aquel que pide un reloj, lo mete en un pañuelo, lo machaca, lo echa en una sartén y luego resulta que sí, que el reloj está irremediablemente machacado y que no es más que un horrible montoncito de ruedecitas, resortes y tornillitos, en vez de poderlo devolver intacto a su dueño. ¡Bárbaro y espantable escamoteador!

Había en España, antes de salvarla él, una moneda con un apreciable valor adquisitivo: él la ha escamoteado. Había allí libertad y justicia y democracia: también las escamoteó. Vidas y haciendas han desaparecido igualmente en sus manos torpes, criminales. Con sus horrendos escamoteos llenó cementerios, cárceles, tugurios, prostíbulos. ¡Nada entre los dedos, nada en las mangas! ¡Feroz juego de prestidigitación! Puso el alevoso escamoteador muerte donde había vida, miseria donde había bienestar, hambre donde había pan, cárcel donde había escuela, tuberculosis donde había juventud sana, prostitución donde había honor familiar, odio donde había cordialidad, tiranía donde había libertad, tumba donde había cuna. Y cual ignaro y cruel aprendiz de brujo, osado y torpe, tras de desencadenar las fuerzas mágicas, no supo luego cómo dominarlas, ni contener el torrente de sangre que a él mismo ahoga, ni apagar la hoguera de odio y de desesperación encendida por él. ¡Nada entre los dedos, nada en las mangas, nada en el corazón! Su juego de manos es tremebundo, espeluznante, abominable. Con espanto vemos sus dedos rojos de sangre, que no aciertan a sacar de la pechera más naipe que el de la desnarigada sota de la guadaña. ¡Horrible visión! ¡Sanguinario, torpe, cruel, feroz escamoteador!

Perdonen —repetimos— los ilusionistas de Madrid que su magia inocente nos haya hecho recordar a ese monstruoso, perverso e ignorante imitador de su arte. Ellos no tienen la culpa. Ellos, ilusionistas, escamotean pañuelos y boquillas de ámbar para poner un poco de ilusión, de fantasía, de sorpresa, de hechizo, de poesía en la triste vida española en estos aciagos tiempos franquistas. Ningún crimen enturbia sus conciencias, ninguna desmaña entorpece sus ágiles dedos de prestidigitadores. La obra de los verdaderos ilusionistas es paradisíaca, angelical, benemérita. Y aun sería perfecta si un buen día pudieran escamotear para siempre al propio Franco, falso, criminal escamoteador, y mandarlo —¡ep!— de cabeza al infierno. ¡Nada entre los dedos, nada en las mangas!...

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2.5/1316

- firmamento,